



JOAN PRATS vuelve a la Rambla de Cataluña

der, su amigo de los viejos años barceloneses.

En realidad, al margen de los valores absolutos de esa escultura, lo que de verdad le daba entidad a la misma era su carácter emblemático: aquella escultura era como el pendón de Prats situado sobre el cas-

a tal hora, que ira por allí... Joan era —todos los que conocíamos a Prats estábamos de acuerdo en ese sobrentendido— Miró. La amistad de esos dos hombres ya se había fraguado en la infancia de ambos... Estaba, pues, templada por muchos años y hasta por el paso lateral

su amigo... Pero no estoy tratando de hacer de Vasari del siglo XX. Lo cierto es que la pasión artística o pictórica de Joan Prats, si no se vio compensada por una realización personal, se vio en cambio realizada en la profesión de su amigo más íntimo.

Más tarde, ya en su madurez definitiva, Joan Prats fue solidificando la imagen que todos teníamos de él como amador del arte y promotor de empresas artísticas. El haber sido durante muchos años el más íntimo de los amigos de Joan Miró no le bastaba y él tuvo conciencia de ello. Así fue como concibió, por ejemplo, la colección "Fotoscop", de libros de arte con destino a "La Polígrafa" —una idea felizmente secundada por Manuel Muga—, en cuyo proyecto y realización tuvo una parte fundamental ese gran fotógrafo amigo de todos que es Joaquín Gomis. Lo cierto es

José M.^a Moreno Galván

tillo de Prats... "en campo de gules, de sinople, cuatro sombreros...". Pero no: traspasábamos algunas veces las puertas de aquel castillo, sin que nos anunciara ningún heraldo y sin que tuvieran que bajar ningún puente levadizo. Allí nos recibía siempre el castellano de aquella fortaleza —Prats—, probablemente armado de todas sus armas, sin yelmo y sin celada, pero sí con un mandil de artesano laborioso y llevando, tal vez, en sus manos ese cacharro de apariencia siniestra, aunque de finalidades inocentes, esa especie de silla eléctrica de toda sombrerería, que es —¿cómo se llamará técnicamente?— el presombrero mecánico que sirve para determinar las dimensiones craneanas —"craneanas": ¡qué palabra tan siniestra!— de la clientela. Y llegaba Prats, anticipado, ya que no por un heraldo, por su eterna sonrisa portadora de la paz. Porque la sonrisa de Prats se le anticipaba. Llegaba hasta nosotros unos metros y unos segundos antes de que llegara su protagonista y quedaba como flotando, o como levemente prendida en alguno de los detalles ambientales; en un conjunto de sombreros o en la lámpara del techo, a la espera de que la misma voz de Prats la diluyese en el ambiente general... "Buenos días, Moreno... ¿Muchos días por Barcelona?". Y luego, sin esperar mi respuesta: "Joan está aquí, en Barcelona. Si quieres verlo, vete por tal sitio,

—pero no tan lateral— de la Historia. Los dos Joan parece que convivieron la misma infancia y juventud en el clima y la ciudad barcelonesa que los vio nacer. Y hasta se cuenta que, como ambos tuvieron idénticas veleidades artísticas, ingresaron juntos en la Escuela de Bellas Artes, pero que pronto Prats se dio cuenta de que, de los dos, el que parecía estar comprometido con el destino de pintor era Miró. Y que renunció a su pretensión, y así se lo hizo saber a

HAN hecho muy bien los Muga —Manuel Muga y su hijo Juan— en solidificar el recuerdo entrañable que teníamos de Joan Prats, el eterno barcelonés... (no, no, "eterno" es una palabra excesiva, que no correspondía al estilo de Prats: el barcelonés cotidiano)...; han hecho bien los Muga —digo— en materializar y solidificar el recuerdo de Joan Prats, poniéndole su nombre a una galería de arte... Una galería que es, además, el antiguo establecimiento de Prats —sombrero de altos vuelos—, situado en la barcelonesa Rambla de Cataluña.

Los que estábamos al tanto de ciertos secretos barceloneses, al pasar por aquel paraje de la Rambla de Cataluña (y yo pasaba mucho, porque está situado muy cerca de la zona de galerías de Consejo de Ciento-Rambla de Cataluña), nos acercábamos distraídamente al escaparate de la casa Prats, porque allí, al lado de un solitario y elegantísimo sombrero, se veía un gracioso artefacto móvil, de alambre, sobre el que revoloteaban los dibujos —también en alambre— de algunos sombreros: era una escultura-divertimiento de Alexander Cal-



Joan Prats con el escultor norteamericano Alexander Calder.



Prats con Antonio Tàpies en París, en 1963.

que, por una razón o por otra —porque él fuera protagonista de las empresas del arte o porque simplemente él estaba siempre con lo de las empresas protagonizadoras—, Prats era el hombre que acompañaba siempre —que nos acompañaba siempre— por esa Barcelona, solar de tantas empresas de la vanguardia. Y que me acompañaba incluso a mí, que siempre

fui un advenedizo de esa ciudad. Llegaba siempre hasta donde estuviésemos —tomándonos unas copas o proyectando una exposición— con su inevitable sombrero levemente ladeado, pues, como ya dije en alguna ocasión, era como un último sacerdote de una religión sin adeptos, de la que, incluso él, era un descreído, pues todos —incluso su entrañable amigo

Miró— éramos sinsombreristas. Llevaba ladeado su sombrero como para despojar a su gesto de toda solemnidad, pero lo mantenía porque se sabía uno de los últimos representantes de una actitud que se extinguía. Por eso sonreía siempre. De todas maneras, a mí lo que más me fascinaba de Joan Prats era que él representaba paladinamente a la ciudad que habitaba, a Barcelona. Era, sin ningún nombramiento, el cónsul general de Barcelona en Barcelona. Asumía en su persona esas dos peculiaridades barcelonesas que en cualquier sitio resultarían contradictorias, pero que esa ciudad sabe resolverlas en una síntesis: la peculiaridad de su fuerte tradicionalismo y, al mismo tiempo, la de su fuerte revolucionarismo... Yo diría más: es que Barcelona es muy tradicional porque es muy revolucionaria. En todos los aspectos de la vida —por supuesto, también en el aspecto político—, pero, cuando todo eso quería verlo yo ejemplificado en su "cónsul general", en Joan Prats, me limitaba a verlo en su aspecto artístico. Ese hombre, que evidentemente era de una generación muy anterior a la de "Dau al set", estaba con esa gente no como un maestro, sino como un compañero. Y habría que ver la huella de su

paso por lo que fue el Club 49, y el Hot Club y los Salones del Jazz en las etapas finales del "Dau al set".

Fui hace unos días a Barcelona solamente para asistir a la apertura de esa nueva sala, la Joan Prats que yo ya conocía como sombrerería de mi amigo. La exposición inaugural es lo que debe ser: una serie de recuerdos más o menos ambientales de aquel personaje, ilustrado todo con una bella colección de dibujos y grabados de Joan Miró. Allí me encontré, junto a los dos Muga —el viejo Muga y el joven Muga—, a un amigo al que conocí junto a Joan Prats, a Riera, que tendrá ahora un papel importante en la galería. Riera también vivió muy cerca de "Dau al set" en los viejos tiempos. Esos barceloneses parece que no, pero siempre están anudando lazos entre la tradición y la vanguardia. Y si alguien tiene alguna duda, que recuerde lo que fue la cena inaugural, en el más bello de los marcos que pudiera imaginarse: En La Paloma, un baile de fines de siglo, aún actuante, que estaría perfecto para Toulouse Lautrec. Ahora que me acuerdo, una vez estuve allí una noche, hace ya años, con Joan Prats, y con Antonio Tàpies, y con Riera, al que he visto en la galería... ■



Prats con su viejo amigo, Joan Miró, grabando la serie "Barcelona".



Con Llorens Artigas, Joan Teixidor y otro amigo, en casa del primero.